

RAQUEL GUTIÉRREZ AGUILAR

**CARTAS A MIS
HERMANAS MÁS
JÓVENES**

Gutiérrez Aguilar, Raquel.
Título: Cartas a mis hermanas más jóvenes.
Minervas Ediciones, Bajo Tierra Ediciones,
Editorial Zur & Andrómeda, 2020.



Diseño y diagramación
Martín Villarroel Borgna
Foto de portada:
Colectivo Manifiesto

escuela de
formación
feminista



minervas

minervas
colectivo de mujeres




Andrómeda

Editorial **zur**



RAQUEL GUTIÉRREZ AGUILAR

CARTAS A MIS HERMANAS MÁS JÓVENES

PRESENTACIÓN

¿Por qué estas cartas?

Porque me empeño en contribuir a la profundización e intensificación del tiempo de rebelión feminista que se ha abierto en nuestro continente a golpe de lucha, de ocupación de la calle, de análisis y comprensión de nuestros dolores más íntimos, de deliberación política, de creación de todo tipo de vínculos y enlaces para sostener la vida, de politización multifacética de terrenos oscuros de la vida cotidiana, de debates eruditos e inteligentes y, claro que sí, de gozo y sorpresa compartida. Quiero contribuir también con palabras en los actuales momentos de creciente amenaza fascista.

Hace varios años que me dedico, principalmente, al trabajo de formación. Me doy cuenta de la fertilidad de mi oficio actual, que es el de profesora, cuando veo cómo florecen y se autoafirman muy queridas compañeras más jóvenes. El diálogo constante con ellas me nutre y me enriquece.

He aprendido que en la práctica de la relación cotidiana y sostenida con ellas se desborda el vínculo instituido cuando se crea confianza. El conocimiento, entonces, va y viene: fluye desde diversos flancos. Aprendemos. Aprendemos juntas y nos convertimos en fuente de fuerza unas para otras.

La práctica de la relación no disuelve las diferencias entre distintas, pero las regula y las equilibra. Logra que tales vínculos no se conviertan, de manera inmediata, en relaciones jerárquicas y desigualadoras; aun si tales vínculos continúan siendo, con frecuencia, bastante conflictivos. He aprendido, también, que hay bloques de conocimiento del mundo cuya transmisión no es sencilla. Hablo de conocimiento del mundo, es decir, conocimiento práctico, conocimiento sensible, conocimiento intuitivo y conocimiento razonado y expresado de manera formal.

Por eso ahora me decido a escribir esta serie de cartas a mis hermanas más jóvenes. Confío en que algunos de los conocimientos sintetizados en estas cartas servirán para nutrir los empeños de lucha en los que se afanen las posibles lectoras.

Las cartas que me he propuesto escribir son cuatro. Ésta es la primera de ellas. Parto del problema más duro que he confrontado en mi ya largo empeño por construir “tramas antipatriarcales por lo común”. Enuncio así porque llevo casi cuarenta años luchando y soy una feminista tardía. Me resulta difícil auto-identificarme.

Me afano por ser parte de diversas tramas anti-patriar-

cales por lo común que hoy despliegan sus capacidades en diversas geografías. Así sintetizo -para volverlos expresables- los deseos que me han animado a lo largo de la vida. De ahí que el género epistolar de escritura me resulta una herramienta fértil para sostener la voz propia. ¡No me interesa establecer verdades! ¡Me empeño en compartir y repasar la experiencia vivida para expandir las capacidades colectivas y propias!

Comienzo esta carta por el problema más duro que he confrontado y cuya comprensión me ha llevado mucho tiempo entender con el cuerpo todo. Así se me ha presentado a mí el problema y ha trabado, varias veces, el despliegue de mi energía vital empeñada en contribuir a tejer, insisto, tramas antipatriarcales por lo común. Tales tramas, desde mi perspectiva, son la base de posibilidad de subversión y trastocamiento del mundo tal como está estructurado. Son cimiento de autodefensa y creación, de conservación-expansión de lo creado, de transformación y capacidad de lucha.

Organizo y comparto mi experiencia, pues, esperando que sea útil a otras hermanas más jóvenes, que están dirigiendo su energía, desde la rica constelación de feminismos que hoy se practican y se expanden, a desarmar el orden patriarcal que ensambla jerarquías y desigualdades coloniales y capitalistas.

Raquel Gutiérrez Aguilar

PRIMERA CARTA

El pacto patriarcal

Puebla, México, a 13 de febrero de 2020.

Queridas compañeras, hermanas, amigas:

En esta primera carta me propongo explorar el problema que a mí más me ha costado entender. Hablo de entender de manera integral. De entender en tanto puedo explicarlo y, entonces, sé cómo opera y estructura el mundo que me empeño en subvertir. Quizá otras compañeras tengan ya muy presente este conocimiento y se asombren de que lo sitúe de esta manera: como el principal problema que he encontrado en mis esfuerzos políticos. Pido paciencia y apelo a que la explicación bosquejada de todos modos aportará hilos de verdad, particulares y situados, para la comprensión más honda de la inmensa y expropiadora maraña superpuesta de ensamblajes jerarquizantes que estamos desarmando a través de la lucha colectiva.

Para mí, el problema más difícil ha sido entender, con el cuerpo todo, que no existen los espacios de pares. El problema ha sido alcanzar a comprender que el mundo social, organizado en torno a relaciones mercantiles, a procesos ampliados de acumulación de capital de raigambre heteronormada y colonial, envueltos en múltiples formatos de administración tecnocrática y control estatal que organizan el drenaje continuo de fuerza vital colectiva e individual y de la riqueza material que sostiene la vida humana

y no humana; contiene dentro de sí una rígida y persistente jerarquía de lo masculino dominante que es consustancial a reiteradas prácticas de expropiación, tutela y control que se imponen a través de la violencia. Dentro de esa trama inmensa de interdependencia, habitamos -ensambladas¹ de manera jerarquizada- seres humanas con cuerpo de mujer, seres humanos con cuerpos feminizados y disidentes, además de seres humanos con cuerpo de varón.

No existen pues, los espacios de pares. No existen y hay que crearlos y ése es un gigantesco problema doble. La duplicidad se exhibe a través del siguiente desdoblamiento: por un lado, no existen los espacios de pares entre los varones y las mujeres y otros cuerpos feminizados y, por otro, no existen tampoco los espacios de pares entre las mismas mujeres y los cuerpos feminizados. Somos distintas y diversas, lo sabemos. Habitamos una sociedad fragmentada, desgarrada por diferencias jerarquizadas que nos fijan a cada quien en sitios específicos de la geografía social estructurando -habilitando y acotando- las posibilidades de acción de cada quien. Habitamos, es decir, sostenemos nuestra existencia colectiva e individual en medio

1 Para distinguir dentro de la trama de interdependencia que somos, la calidad de las conexiones en las que estamos insertas, utilizaré dos palabras distintas: ensamblar y vincular. Ensamblar será utilizado, sobre todo, para aludir a los lugares fijados heterónomamente a cada quien, que nos son dados: raza, clase, nacionalidad o lugar de origen, fecha de nacimiento, etc. Vincular, en contraste, alude a las conexiones que somos capaces de producir y regular más allá -y en contra- de cómo estamos ensambladas en la red de interdependencia que constituye el mundo.

de ese arbitrario e injusto ensamblaje dinámico. Sostenemos nuestra existencia a través de los vínculos que somos capaces de generar y cultivar entre nosotras; lo hacemos, simultáneamente ensambladas a la estructura patriarcal-capitalista y heteronormada de herencia colonial y regenerando vínculos que una y otra vez desbordan lo prescrito por tal ensamblaje que nos precede, aunque siendo limitadas por tal estructura. Además de los vínculos más inmediatos que somos capaces de cultivar y generar como soporte de nuestra existencia inmediata, colectiva e individual, más allá del ensamblaje pre-determinado; en ocasiones, somos también capaces de conectarnos entre distintas más allá de lo inmediato y logramos expandir tales conexiones.

Para mí, éste es el problema central que confrontamos y en medio de ello, desplegamos nuestras luchas que, por lo mismo, tienen múltiples flancos. Comprender prácticamente este conjunto amalgamado de dificultades resulta inmensamente difícil. Presento lo que he aprendido y he pensado acerca de todo esto en tanto, topándome muchas veces con grandes dificultades, he sido varias veces capaz de reconstruir vínculos y de (re)conectarme con otras.

La calidad ubicua del orden patriarcal

El problema es que todos los espacios que pretenden ser de pares se estructuran, en su más íntima constitución,

a través de una añeja y muchas veces naturalizada jerarquía masculino-patriarcal; la cual, en primer término, separa y connota a aquellos que habitan cuerpos de varón de aquellas que habitamos cuerpos de mujer -o feminizados-, desconociendo y negando cualquier otra posibilidad. Entre aquellos, es decir, entre quienes son reconocidos como varones, se establecen inmediata y recurrentemente variantes diversas del “pacto patriarcal” de dominación/expropiación que ordenan tanto sus espacios masculinos específicos como los ámbitos considerados “mixtos”.

Tal *pacto patriarcal* tiene al menos dos contenidos. Por un lado, habilita la conformación de un bloque *contra las mujeres*, contra todas en general y contra algunas -las más autónomas, las que tienen más fuerza- de manera más enfática; el pacto patriarcal, además, es un mecanismo por excelencia para fijar los criterios de “admisibilidad” de algunas mujeres en los espacios mixtos y para su instantánea jerarquización y clasificación según acuerdos implícitos del pacto, tan arbitrarios como generales. El pacto patriarcal constitutivo de un bloque tan sistemático como impredecible, en ocasiones es implícito y sutil aunque en otras se exhibe como visible y explícito, estridente incluso. Ésta es una parte del problema, pues, por otro lado, el pacto patriarcal es también el inestable y conocido terreno donde ocurren todo tipo de conflictos entre “ellos”, es decir, entre seres humanos con cuerpo de varón y con los demás cuerpos -femeninos, feminizados- que aspiren a mediar el mundo a través del orden de cosas dado. Es decir, el interior del pacto es, a su vez, una zona de guerra y conflicto donde nosotras de por sí

quedamos instaladas. Nuestras luchas se despliegan desde ahí y conviene por tanto ir con cuidado en el análisis. Vayamos poco a poco.

El pacto patriarcal, en su dimensión más íntima se despliega, siempre, a través de la agresión contra nosotras, contra todxs aquellxs que ocupemos el lugar del *nosotras*; contra nosotras y contra nuestras creaciones. El pacto patriarcal posibilita, justamente, la expropiación continuada de nuestras fuerzas y creaciones. De hecho, a través del drenaje sistemático de nuestra energía y capacidad creativa el pacto patriarcal se regenera y amplifica: de ahí su perdurabilidad y la plasticidad de su presencia. Mientras no detenemos el drenaje de la energía propia, con nuestra vida y creaciones alimentamos al monstruo sin cesar. Y poner un límite al drenaje de energía es inmensamente difícil y además, nos asusta.

El pacto patriarcal contiene dentro de sí un estricto orden jerárquico que estructura -y es estructurado por- las relaciones entre los propios varones y por las mujeres y otrxs que acepten lo que consiguen al interior del pacto. Desde tal figura jerárquica, rígida y estable, el pacto patriarcal se ha tejido a lo largo de la historia con la brutal dominación colonial y, por supuesto, con el capitalismo, ampliándose cada vez más, hacia las extensas geografías que constituyen el planeta y hacia la vida toda. En medio de ello habitamos las mujeres y los cuerpos feminizados en su inabarcable diversidad: cada una distinta a la(s) otra(s), separada de la(s) otra(s) por recurrentes mediaciones patriarcales que niegan la autonomía y la capacidad

de vínculo a través de un drenaje sistemático de energía y recursos. Este ha sido, para mí, en diversas ocasiones, el fondo del problema.

Precisamos, entonces, entender el pacto patriarcal en su conjunto, en su amplitud, ubicuidad y profundidad a la hora de desafiarlo, porque, como dice Luisa Muraro, se trata de “romper el mecanismo de repetición” que hace que la vida se nos presente como reiteración de episodios conocidos con sólo algunas variantes. Los ejes estructurantes del pacto patriarcal que se hallan en el núcleo de la negación radical de lo femenino y feminizado, consisten en el ataque rabioso y sistemático a nuestros cuerpos, a nuestra autonomía, a nuestras creaciones y a nuestra autoridad. Este conjunto de agresiones que se ejerce a partir de infinitas formas distintas de violencia, algunas sutiles y ambiguas, otras explícitas y brutales, se presenta una y otra vez de manera cambiante y repentina haciendo difícil su reconocimiento como parte del mismo proceso, como instancia particular de la misma dinámica. Por tanto, no es inmediato reconocer/percibir su variado y polimorfo ejercicio como producto de una lógica estructurada contra nosotras y nuestra fuerza: se esconde la lógica patriarcal que imprime a casi cada acontecimiento singular una dinámica específica de violenta negación de nuestros cuerpos, nuestras fuerzas y nuestros deseos.

Valga aquí una aclaración. Al situar el pacto patriarcal y el orden material, político y simbólico que se construye a partir de él como el problema central, no estamos

desconociendo ni el inmenso conflicto de la jerarquización colonial, ni la brutal estructuración capitalista-explotadora, despojadora y depredadora- de nuestras sociedades. Nos interesa enfatizar, más bien, un punto de partida innegociable para el análisis y la comprensión de nuestras propias acciones en tanto mujeres en lucha. El pacto patriarcal que organiza dinámicamente la devastación cotidiana de la vida individual y colectiva no es, como han afirmado algunas “un rasgo secundario” que, en ocasiones, hay que obviar. Obviarlo significa sintonizar, en algún plano, con el mecanismo de la repetición de la dinámica de la dominación-expropiación en su conjunto. Hacernos cargo del pacto patriarcal, de su ubicuidad, de sus mil caras y formas de reaparecer para desafiarlo en todas sus versiones y re-ediciones –a través de la fuerza del “entre mujeres” y, en ocasiones, en vinculación con varones que se propongan “desertar” de él- es el asunto más hondo del desafío que nos presenta la época que vivimos. Y es uno de los asuntos más difíciles de comprender, en tanto la estructuración general de la dinámica de la dominación-expropiación que organiza la vida cotidiana -y nos empuja a la impotencia- una y otra vez presentará inéditas situaciones en las que parece que hay que declinar de tal mirada, para optar entre una u otra forma de alianza patriarcal y conformarse con ello. Una discusión en profundidad sobre esto la daré en las próximas cartas.

Explorar el pacto patriarcal para reconocerlo

Vayamos paso a paso a la exploración del modo como se expresa y se repite el pacto patriarcal. La negación radical a nuestra autonomía -que se manifiesta en el afán patriarcal de control y restricción de nuestros cuerpos, en la desvalorización insolente de nuestra voz, en el desconocimiento de lo aportado por nosotras en las tareas conjuntas, en la inmensa violencia con que todo esto ocurre, etc.- se reitera y repite una y otra vez desde el ámbito privado, extendiéndose desde ahí al espacio público, al inhibir y/o dificultar en cada mujer singular la *disposición de sí* que es condición necesaria para “salir de sí” y poder enlazarse con las demás construyendo una dúctil y difícil medida propia que regule los renovados vínculos regenerados. El enlace cómplice “entre mujeres” y la generación tendencial de mediación regulatoria propia es, a su vez, condición necesaria para el despliegue de la fuerza y capacidad propia a partir de la conciencia de la red de interdependencia que somos y habitamos, tal como están mostrando las renovadas luchas contemporáneas de miles y miles de mujeres por todo el continente. Por eso el “entre mujeres”, cuando se despliega, pone en crisis de manera casi inmediata el pacto patriarcal -es decir, la lógica de “los espacios mixtos”, las prácticas familiares naturalizadas, el mundo conocido- y también pone en crisis a cada quien -varón, mujer o cualquier otro género- de manera singular y situada. De ahí que resulte tan difícil imaginar-producir la estabilización del “entre mujeres”. Dada su potencia es, además, ferozmente atacado.

Por su parte, la negación sistemática y con frecuencia violenta de nuestros cuerpos, creaciones y autoridad -que es el modo como el pacto patriarcal se expresa y hace presente- dificulta, boicotea o impide, una y otra vez, el despliegue de nuestros deseos, inhibe nuestra *capacidad de cuidar vínculos y generar conexiones* debilitándola y poniéndola en duda. De ahí la muy conocida sensación de drenaje permanente de nuestra energía que experimentamos cuando nos movemos, un tanto a ciegas o sólo apoyadas en la intuición y la sensibilidad, en medio del pacto patriarcal. Dentro de él hemos dado una infinidad de luchas, desplazándonos con grandes esfuerzos desde el lugar material y simbólico de explotación, abnegación, sacrificio, complacencia y silencio que se impone socialmente para nosotras. Sin embargo, es difícil comprender la ubicuidad con que las peores manifestaciones del pacto ocurren, repitiéndose y volviendo a aparecer, a veces amplificándose hasta niveles increíbles a veces reiterándose de manera sutil como gota que horada la piedra. Por eso, al reflexionar sobre lo vivido, lo coloco como el problema central del propósito de desarmar la guerra y de la política feminista por lo común: producir formas de enlace estables y sostenibles entre mujeres que desafíen, critiquen, eludan y disuelvan, todo el tiempo, el pacto patriarcal y sus nefastas herencias. Ése es el camino del “entre mujeres” y, considero, la clave de la radicalidad de la lucha antipatriarcal en curso.

Para desarrollar mis argumentos, nos nutriré por lo pronto con las ideas de dos relevantes pensadoras europeas: Luisa Muraro y Almudena Hernando. Muraro ha explorado en profundidad la negación y desconocimiento de la autoridad materna -fuente por excelencia de autoridad femenina según su argumento- que el pacto patriarcal lleva a cabo. Hernando, por su parte, ha indagado profundamente en la radical negación patriarcal de la trama de interdependencia imprescindible para el sostenimiento de la vida humana -en sus dimensiones materiales, emocionales y simbólicas- lo cual permite la invisibilización y desconocimiento de los lazos que configuran dicha trama permitiendo que aparezca la imagen fetichizada del “hombre independiente”, es decir, solo y que se basta a sí mismo.

Si la inmensa autoridad materna -que simbólicamente es también la autoridad de la Tierra viva que habitamos, de la Naturaleza que somos- fue negada y desconocida desde lo que se conoce como “comienzo de la historia” -ie, de la zaga escrita de la humanidad- entonces, explica Muraro, no sólo se requirió instalar, en algunas culturas, a un omnipotente Padre como solitario creador de la vida; también se hizo indispensable la alianza entre los “semejantes” a ese Padre simbólico: seres humanos con cuerpo de varón. Tal alianza es siempre jerarquizada y jerarquizante además de violenta, como aprendemos en las historias mitológicas y religiosas occidentales y también en la vida cotidiana mientras se despliega cada existencia singular.

El pacto entre varones -que se ha extendido en el último siglo hacia algunas mujeres- es tan generalizado y está tan naturalizado que no es extraño que, con frecuencia, sea muy difícil percibirlo con claridad. Considero pues que el pacto patriarcal es, todavía, el armazón estructural más íntimo de la vida social contemporánea; y que hilvana la continuidad de la vida privada y pública afirmando, además, que tales esferas de las mismas vidas están separadas, que son distintas y ajenas. El capitalismo y la colonialidad se entretejen y se sostienen sobre tal armazón. Es como si el pacto patriarcal, a modo de un histórico palimpsesto, de una difusa figura que parece ya borrada aunque permanece por debajo de lo que se escribe y produce en el presente, contuviera un potente efecto de realidad: la insólita capacidad de empujar a las relaciones sociales a conformarse con sus antiguos trazos aparentemente inexistentes, a desplegarse según su viejo diseño. Esto es lo que me interesa analizar: *los trazos olvidados o no inmediatamente reconocidos ni reconocibles de la jerarquización y la expropiación que una y otra vez nos inscriben en un bucle de repetición*. La repetición del orden patriarcal y por tanto del capitalismo colonial. Me propongo dibujar un esquema que me ayude a entender el mecanismo de la repetición en tanto la lucha feminista renovada requiere romper tal mecanismo para abrirse paso a la creatividad y a la abundancia.

La vida social se organiza, al menos desde la modernidad capitalista, en dos ámbitos que se pretenden separados y distintos: el privado y el público. El ámbito privado se organiza prácticamente en torno a dos dispositivos: matri-

monio y familia; una crítica a tales dispositivos la he desarrollado en otro trabajo. Las dificultades para sostener nuestras luchas en el ámbito público, que es el corazón de mis actuales preocupaciones exige tomar en cuenta, siempre, que dicho espacio históricamente se ha organizado directamente con base en el pacto patriarcal, en la sujeción/negación del trabajo de reproducción de la vida y en la desposesión y explotación radical de las mujeres. De ahí que un eje central de la estabilidad y perdurabilidad del pacto patriarcal sea la herencia: la determinación diferenciada y jerarquizante de quién sucede a quién y a qué tiene derecho cada cuerpo nuevo, diferenciado y connotado jerárquicamente en virtud de ello. Es éste un pilar fundamental de la continuidad del pacto. La cuestión de la herencia -material y simbólica- es crucial porque en casi todas las culturas -aun si formalmente en la modernidad contemporánea esto pretende haberse equilibrado- fija a cada quien según el sexo/género que ostente de manera diferenciada en la cadena estructurada del linaje; lo cual marca la relación de cada persona con el conjunto específico de recursos materiales y/o simbólicos disponibles por la trama de origen. Así, a través de la herencia -material y simbólica- se reitera y repite, también, la jerarquización material racializada entre clases y entre varones y mujeres. Una y otra vez.

Por otro lado, tal como esbozamos más atrás, el segundo contenido del pacto patriarcal -que en cierto modo es componente complementario de la ubicua agresión hacia nosotras, nuestros cuerpos, energía y creaciones- consiste en la belicosa jerarquía interna que se establece entre los

miembros del pacto a fin de fijar quién ocupará el lugar simbólico del “padre”, cual será el “macho alfa” o fungirá de “jefe”. La tensa rivalidad entre los miembros del pacto patriarcal que lo convierte en una estructura, o bien altamente inestable o rígidamente vertical y autoritaria, empuja una y otra vez a quienes lo componen hacia la elaboración y fijación de jerarquías ritualizadas e inamovibles que garanticen perdurabilidad a los vínculos e inhiban la muerte recíproca. La amenaza de la guerra -interna- es siempre un peligro al interior del pacto; que suele exorcizarse a través de la guerra externa. Pacto patriarcal y lógica de guerra son, hasta donde entiendo, caras de la misma moneda.

Alrededor de la maraña de pactos patriarcales en tensión -pactos materiales e inmediatos, y también simbólicos y a gran escala- se organiza el mundo social injertado a partir de la modernidad -surgida de la colonización de nuestro continente- con los múltiples procesos de separación y cercamiento de los medios de existencia y de la negación de nuestras capacidades políticas a partir de la expropiación continuada de la fuerza vital, que se ve obligada a sostener la acumulación originaria y ampliada de capital. Esta madeja jerarquizada de relaciones configura un mundo social en el cual, las relaciones de interdependencia que garantizan la sostenibilidad de la vida se desconocen una y otra vez, dando paso a que éstas —que de todos modos existen pese a su reiterada negación- sean tensas, insatisfactorias, abusivas y tendencialmente vio-

lentas. Competencia y rivalidad entre quienes conforman el pacto, instituciones jerárquicas para estabilizar y ritualizar dicha rivalidad a fin de limar sus aristas más destructivas (tal como describe Hobbes en el *Leviatan*); pero antes de ello, previo al establecimiento de alguna rígida instancia interior al pacto, que limite la competencia entre ellos, pacto patriarcal contra todas las mujeres y, en general, contra *todxs nosotras*, contra todo lo que sea percibido como diferente a ellos mismos. El régimen patriarcal que organiza el predominio de lo masculino-dominante es, que duda cabe, una tragedia histórica.

No voy a entrar, de momento, al debate en torno al origen del pacto patriarcal. Hay diversas autoras que ya lo han hecho. Más bien, me empeñaré en iluminar su ubicuidad, sobre todo para posibles lectoras más jóvenes que tal vez puedan ampliar la comprensión de sus propias experiencias, si dialogan con lo que ha atravesado y confrontado otra mujer que se propone narrarlo con total crudeza y en primera persona -experimento de una especie de “entre mujeres” mediado por la palabra escrita.

Escudriñar el problema: establecer lo que sé

Cada una de nosotras ha seguramente registrado en el cuerpo y en la psique la recurrencia, amplitud y sistematicidad de la agresión masculina contra cada una en el

espacio público,² es decir, contra nosotras. Contra todxs nosotras en los espacios públicos más diversos, aun los que pretenden ser de pares. La interrupción continua de nuestra voz a la hora de presentar un argumento ejercida por algún varón que considera que “sabe” lo que vamos a decir o incluso que lo dirá mejor que nosotras; la recuperación de parte de lo que decimos por algún otro que a su vez, inmediatamente se convierte para el conjunto de los demás varones presentes -y algunas mujeres- en el titular de la idea expresada, son sólo ejemplos muy sencillos e inmediatos de la interacción mixta “entre pares” cuando no se pone en entredicho el orden simbólico patriarcal. También lo son la petición explícita o la expectativa implícita de que nosotras nos hagamos cargo -como porque sí- de conjuntos definidos de tareas menores, tediosas o exigentes, imprescindibles para la actividad conjunta; o la mucho más elocuente y desconcertante acción de negación e invalidación de nuestros logros y aciertos como si una medida diferenciada estuviera vigente para nosotras. ¡Y lo está! Por más que tratemos de ignorarlo. La sistemática actitud de agresión, interrupción, silenciamiento o desvalorización es violencia y, en ocasiones y a la larga, la violencia se arroja sobre nosotras como negación radical de alguna imponiendo la muerte. El feminicidio y la desaparición son casos límite de la violencia patriarcal.

2 Comenzaré por la violencia en el espacio público porque muchas veces, es tan cruda la violencia en el espacio privado que la que ocurre en el espacio público se relativiza.

Tales rasgos agresivos y violentos que tiñen los espacios mixtos de supuestos pares son los que, por contraste, desnaturalizamos cuando comenzamos a habitar el mundo del *entre mujeres*. Y no estamos afirmando que *entre mujeres* no exista ninguna clase de agresión: decimos únicamente que no hay agresión todo el tiempo, decimos que la negación violenta no es la única manera de relacionamiento que organiza el *entre mujeres* cuando diversas se proponen poner en crisis la mediación patriarcal de sus vínculos erosionando de esa forma, situada y potente, el pacto patriarcal.

A través de la práctica -muchas veces difícil, a ciegas- del *entre mujeres* se aprende que no hay espacio de pares. Sin embargo, resulta duro admitirlo con el cuerpo todo, pues existe, también, un enorme trabajo de producción social de no-reconocimiento de esa verdad. Una parte de la eficacia simbólica del pacto patriarcal en los espacios mixtos consiste en negar su existencia. En los tiempos que corren, este conocimiento es cada vez más generalizado: hay una inmensa y creciente constelación de diversas mujeres que se enlazan a través del lenguaje y de prácticas colectivas regeneradas para luchar en defensa de la vida, para sostenerla y transformarla. Cuando lo hacen, pronto se topan con la necesidad de pensar su autodefensa colectiva. Éste es el contenido de la política antipatriarcal por lo común que, para su despliegue, requiere deshacerse de una de las más profundas fantasías masculinas: el fetiche de los espacios de pares que ocultan la rígida y jerarquizada relación entre la mayoría de los varones estructurando de esa forma el espacio social. Vayamos sobre esto.

A lo largo del último siglo se ha ido configurando una ficción de espacios de pares en el mundo público: en las escuelas y universidades, parcialmente en las oficinas y fábricas, de modo más complejo en el campo y al interior de los pueblos indígenas. Las calles y los sitios públicos, sin embargo, son emblema por excelencia de los espacios modernos, dominados por el pacto patriarcal y ahí es también donde ahora estamos protagonizando decisivas y múltiples disputas.

En los espacios donde se finge paridad se genera, reiteradamente, un conjunto inmenso de malestar y de problemas. Son problemas que brotan, casi siempre, en las interacciones entre ellos, entre ellos y nosotras, algunas veces entre nosotras mismas; y donde muchas quedamos atrapadas independientemente de nuestra voluntad de transformación. Quedamos colocadas dentro de sus pactos, entrampadas en sus formas de conocer y relacionarse, de decidir y llegar a acuerdos, en sus reglas e instituciones patriarcales y capitalistas-coloniales. Así está organizado en su generalidad el mundo en que vivimos.

Casi todas tenemos la experiencia de quedar, en algún momento de la vida, insertas en eventos que ocurren en el espacio público que nos desagradan, donde percibimos formas de interacción que nos enojan, que nos aburren, agobian, lastiman o irritan intensamente. Simultáneamente asumiendo y rechazando ese malestar nos hemos impulsado para poco a poco ir desafiando el pacto patriarcal o, más bien, para repudiar y transgredir las imposibilidades que en su interior se nos imponen. Ésa es parte de la

herencia recibida por la actual generación de luchadoras, donada por otras que pusieron su empeño en luchas anteriores. Sin embargo, comprender todo esto resulta muy difícil porque cuesta bastante tiempo y trabajo entender y saber con claridad qué ocurre cuando las dobles batallas que sostienen el pacto patriarcal se están produciendo: la negación de nosotras y la rivalidad entre ellos. Todo simultáneo. No ha sido fácil dotarnos de palabras explícitas que nos ayuden a organizar nuestra propia experiencia en el mundo. Con demasiada frecuencia nuestras creaciones son expropiadas y nuestras afirmaciones y obras banalizadas en medio de sus debates y conflictos. Y ahí, en ocasiones, alguna de nosotras también queda atrapada y todo parece confundirse aún más. Ocurre, entonces, que las circunstancias nos obligan únicamente a elegir entre las opciones que se generan al interior del propio pacto patriarcal. Esto produce enorme desconcierto porque no es trivial ni establecer con claridad nuestros deseos ni mantener la calma al momento que se presenta una nueva agresión. Habitar dentro del pacto patriarcal sin desafiarlo y disolverlo nos hace perder tiempo y energía. Por eso el camino de nuestra rebelión multisecular contra el orden patriarcal masculino-dominante ha sido tan largo y tan difícil. Desde la cacería de las brujas en los dos lados del Atlántico y la esclavización de los cuerpos negros, especialmente los de las mujeres, hasta la negación de los derechos ciudadanos para múltiples cuerpos tras la Revolución francesa, la expropiación, banalización, silenciamiento y negación de nuestras palabras y anhelos es abrumador.

Por eso en esta carta mis esfuerzos se concentran en nombrar lo que sé -a partir de lo vivido- sobre las dificultades de desafiar el pacto patriarcal con un afán de impulso a las luchas comunitarias y populares, sin tener ni el léxico para nombrar lo que sentía ni los argumentos para comprender lo que iba ocurriendo y cómo desafiarlo, para lograr moverme del lugar fijado a mi cuerpo de mujer, simbólica y materialmente. Entonces, no quiero escribir un tratado objetivo sobre el pacto patriarcal y sus horrendas consecuencias; deseo alentar la profundización de la conversación -que ya estamos dando- acerca de las dificultades para subvertirlo partiendo, cada quien desde sí misma. Siento urgencia de decir estas palabras pues sé que es estéril tratar de empujar procesos de transformación comunitaria y popular sin entender, de fondo, las dificultades y trampas que caen como redes sobre nuestros pasos, cuando no nos hacemos cargo de desarmar/disolver la pesada loza que significa el pacto patriarcal. O cuando dejamos de comprender alguna de sus manifestaciones.

He elegido el camino del *entre mujeres* que aprendí de forma intuitiva e inesperada hace años. Es decir, el camino de compartir la palabra y la experiencia en primera persona para asumir el amplio conocimiento del mundo, sobre nosotras mismas y acerca del pacto patriarcal que, de por sí, tenemos dentro nuestro. Conocimiento útil, fértil y necesario, aunque negado e inhibido por siglos de opresiva expropiación de nuestras fuerzas y creaciones. En el *entre mujeres*, es decir, en las alianzas y confianzas que una y otra vez logramos hacer brotar entre nosotras pese al cerco de dudas y amenazas que sistemáticamente nos tiende la

moderna y colonial jerarquía patriarcal del capital, alumbramos nuestros caminos y posibilidades de transformación de la vida individual y colectiva con renovada luz.

En nosotras hay un gran conocimiento acerca de cómo funcionan, en concreto, los múltiples pactos patriarcales que hemos singularmente experimentado y desafiado a través de nuestra trayectoria vital. La cuestión problemática es que, con frecuencia, desconfiamos acerca de tales conocimientos porque tales saberes no son considerados -todavía- conocimiento “legítimo”. Por eso al nombrar el mundo con voz propia, esforzándonos para ello, damos una pelea. Nosotras sabemos que el mundo no es tal como es descrito por la mirada dominante, aunque cuesta mucho confiar en lo que nuestro propio cuerpo nos informa, a través de las emociones -con frecuencia malas- que se nos detonan cuando lo que está siendo dicho y lo que está ocurriendo no alcanza ninguna coherencia. Les escribo a ustedes pues, también, como un llamado a confiar en nosotras mismas: no porque siempre tengamos razón -de ninguna manera- sino porque elegir negar lo que no alcanzamos a expresar con claridad -todavía- es un error. Estas palabras, hermanas, quieren acrecentar nuestra propia autoconfianza, la seguridad plena de la verdad de lo que sentimos, la pertinencia de nuestros juicios y de convocar a perseverar en la construcción de caminos para expresar lo que sabemos y queremos.

Tal esfuerzo por romper los cercos que habitamos -y el del lenguaje es uno de ellos y muy duro-, por neutralizar las separaciones que se nos imponen, por desafiar y

eludir los procesos de expropiación de nuestras palabras y nuestras creaciones se ha vuelto visible y hecho patente de manera masiva y radical en los últimos años a través de las luchas renovadas de los feminismos enlazados y en marcha. Es un generalizado y masivo esfuerzo colectivo e individual. Colectivo e individual, lo segundo dado lo primero y no a la inversa como suele pensarse. Es como si entre muchísimas mujeres a lo largo de América Latina y otros sitios hubiéramos alcanzado una masa crítica de enojo y malestar que brota con fuerza en nuestras palabras y nuestras acciones para romper lo que nos entrapa, para repudiar lo que nos agobia no sólo “exteriormente” sino en los propios “espacios de pares”. Las fisuras que hemos producido en el pacto patriarcal que sostiene la explotación capitalista y colonial de nuestras energías y vidas, se extienden y radicalizan cimbrando una y otra vez el rígido armazón del mundo diseñado por el patriarcado del salario y la jerarquía colonial. El enojo que sentimos y expresamos arroja la fuerza de un gigantesco soplete que derriete cadenas y hace colapsar las rejas que nos separaban. Y es ahí cuando aparece una difícil interrogante: ¿Hacia dónde vamos? ¿Cómo convertimos nuestra propia autodefensa en estrategia? ¿Qué requerimos construir? Éstas son preguntas que considero urgentes. A través de esta carta deseo nutrir la deliberación colectiva que va produciendo las diversas respuestas.

Volviendo al problema del pacto patriarcal, vuelvo a resumir dos de sus aristas: la de su generalizada plasti-

cidad que hace que sus rasgos vuelvan a aparecer una y otra vez, donde menos lo esperábamos, incluidas nosotras mismas; y su contracara, la *dificultad para confiar* en lo que nosotras mismas sabemos y hemos aprendido. De ahí el tamaño del desafío que enfrentamos en las renovadas luchas de las mujeres y, en general, de todxs nosotras. Discutamos un poco por qué es tan difícil abordar la discusión, desde nosotras mismas, sobre cómo dar curso a nuestros deseos, cómo decidir *qué hacer* con nuestra energía, nuestros recursos y capacidades, nutriéndonos de un acercamiento crítico -aunque esquemático- a lo que se ha hecho con anterioridad.

La desigualdad y jerarquización sexo-genérica que se impone desde el orden social capitalista-patriarcal dominante en su versión moderna es, entre todas las otras formas de jerarquía y desigualdad, la más difícil de asumir en plenitud y sintiéndola desde el cuerpo. La dificultad está en que los lazos de interdependencia que habilitan la moderna ficción “contractual” que esconde jerarquías y que oculta una gran parte del trabajo cotidiano que ha de hacerse para que cualquier colectivo exista, o son descaradamente negados o bien se ritualizan para construir una falaz y abusiva noción de complementariedad inter-genérica. Dentro de la ficción contractual organizada en términos coloniales y capitalistas –ficción que organiza las relaciones familiares, laborales, institucionales, políticas, etc.- nosotras quedamos colocadas, casi siempre, en medio de una desagradable y estorbosa red de jerarquías y asimetrías. De ahí esa odiosa sensación de incomodidad que con frecuencia percibimos, la cual se convierte,

además, en uno de los primeros asuntos que se enuncian cuando practicamos el “entre mujeres”. Resulta que cuando finalmente compartimos nuestras experiencias cotidianas del mundo, ratificamos que todas y al mismo tiempo cada una, sólo quedamos incluidas en el orden existente si no decimos abiertamente lo que percibimos y, con frecuencia, nosotras mismas nos plegamos a obrar como si no supiéramos que las cosas no cuadran para nosotras. Aunque para cada quien esto ocurra de forma diferente y existan otras jerarquías y distancias sociales que igualmente nos separen y segmenten, al compartirlo logramos alumbrar un piso común de incomodidad, malestar y desagrado.

Si elegimos expresar lo que percibimos y desafiar lo que se impone, comenzamos a notar que casi obligadamente cada una y a la larga todas, resultamos excluidas de dicha configuración de las instituciones y ordenamientos públicos. Nos convertimos en incómodas en tales espacios. La disyuntiva inmediata y sistemática que ofrece el pacto patriarcal es clara: incluidas pero silenciosas, como Tácita Muda o excluidas y escandalosas como tantas figuras de la literatura. Por lo general, nuestras vidas transcurren en medio de un cálculo muy duro entre silencio -incómodo para nosotras- y discusión y escándalo -incómodo para el orden imperante. Con muchísima frecuencia, desplegar esfuerzos de lucha y transformación comunitaria y popular sin desafiar sistemáticamente el pacto patriarcal nos absorbe en confusos mecanismos de repetición cuando, insisto, como afirma Muraro, se trata de romperlos.

Ahora bien, conviene situarnos en el momento actual. Cuando dentro de la amalgama triangular del patriarcado capitalista y colonial, en su formato de régimen político neoliberal extractivo bajo hegemonía financiera parecía no haber ninguna salida, hemos sido nosotras quienes hemos revitalizado y generalizado una renovada capacidad de lucha entre nosotras: impugnando todas las violencias machistas y patriarcales hemos abierto un camino que está poniendo en crisis el pacto patriarcal en múltiples niveles; en ese trayecto hemos aprendido que la violencia ha marcado a cada quien de manera distinta despendiendo de la raza, la edad, la clase, la escolaridad, etc. Y así, reconocemos las heridas diferenciadas pero no desconocemos las lastimaduras de nadie. Las luchas diversas contra todas las violencias, que se entretajan con las luchas en defensa de la vida, nos comienzan a dotar de un piso común.

Un poco más atrás, siguiendo a Almudena Hernando, señalé que los lazos de interdependencia que sostienen la reproducción de la vida colectiva o bien se ritualizan para regular las jerarquías y diferencias o bien se niegan para sujetar el armazón social de forma abstracta -a través del dinero, de la relación del capital y sus finanzas. La ritualidad heredada, sobre todo la que tiene que ver con el emparejamiento, la fundación de nuevas familias y la transmisión y el control de la propiedad -tierras y otros- es una manera de marcar y organizar la inclusión diferenciada de mujeres y varones al mundo social. La negación de los lazos de interdependencia y su fetichizada sustitución casi total por relaciones mercantiles es la forma moderna de actualizar nuestra sujeción; lo cual, a la larga,

introduce todavía más confusión pues el razonamiento filosófico y político –masculino, ilustrado y burgués- ha establecido la figura del “individuo” como pieza clave de su construcción simbólica y de su canon argumental. “Individuo” que pretende ser “neutro” aunque en realidad es “masculino” en tanto, no femenino; y ¡peor aún! Fijo e idéntico como en la fantasía fascista. Sobre esto ampliaré las reflexiones en próximas cartas.

En este marco de lazos de interdependencia negados o jerárquica y asimétricamente organizados, ciertos feminismos nos convocan a hablar, precisamente, desde el lugar de la incomodidad permanente y no sólo para negociar alguna inclusión más “adecuada”, o menos “injusta”, sino, más bien, para disolver el laberinto de ataduras y grilletes que nos impiden desplegar nos a nosotras mismas y reorganizar la existencia colectiva e individual. Acá hay una distinción semántica que resulta importante y que suele perderse de vista: el antónimo de igualdad es desigualdad en el marco de un razonamiento binario. La lucha contra la desigualdad, entonces, suele colapsar en la lucha por la igualdad que no sabe cómo lidiar con la diferencia. Cuando nosotras nos proponemos desarmar el armazón binario que organiza el mundo social, requerimos mantener simultáneamente a la vista la lucha contra la desigualdad, sin colapsar en la falaz forma “igualadora” -que se ha gestado dentro del propio pacto patriarcal escondiendo sus jerarquías y rigideces. Impugnar la desigualdad -y todos los mecanismos de desigualación- al tiempo de celebrar las diferencias explorándolas y enriqueciéndonos colectivamente a través de ellas, es un camino para erosionar

la jerarquización no a través de la igualación sino de la “revoltura”, como expresan las Mujeres Creando, de la articulación entre diversas y el tendencial equilibrio intermitente de las distancias y jerarquías que nos distinguen.

Para poder aclarar lo anterior, me resulta necesario reflexionar sobre lo vivido, contar experiencias y proponer explicaciones. La intención entonces es nombrar –antes que nada para mí misma– lo que ha dificultado y oscurecido los deseos puestos en juego desde mi propia experiencia, muchas veces de manera intuitiva; durante diversos esfuerzos políticos por incluirme y nutrir procesos de transformación comunitaria y popular. Es útil entender y analizar con calma lo vivido para ser capaz de compartir tales experiencias. También es duro y por eso me he tardado tanto.

Percibo que las mujeres más jóvenes que yo, quienes están hoy día en las calles, en escuelas, talleres, mercados y centros de trabajo así como en las casas, desafiando al mundo patriarcal-capitalista-colonial (y que son muchísimas pues ya supero holgadamente el medio siglo de vida) tienen mucho más claro lo que a mi generación nos costó tantísimo trabajo aceptar: que no hay forma de construir espacios de pares si no subvertimos absolutamente todo y, todavía más, si no disolvemos los mecanismos que refuerzan el pacto patriarcal, comenzando por nosotras mismas. Pese a esa certeza que hoy me nutre y me alienta, confío en que los conocimientos que puedo transmitir son fértiles para las más jóvenes. El hecho de haber atravesado otras situaciones, de haber visto como se esfumaban otras

expectativas y de tener un poco de tiempo para pensar en todo ello, quizá pueda reflejar la parte del camino que nosotras, las más maduras, hemos tenido que recorrer. No se quiere bajo ninguna medida -¡ni se puede!- señalar los pasos que recorrerán las más jóvenes, aunque se despliega el deseo de tratar de acompañarlas y contar lo aprendido en mi armado vital de ensayos y trayectorias. Al hablar busco contribuir a la *organización de la experiencia* de cada quien a través de narrar cómo, dificultosamente, he ido organizando la mía propia.

Conviene dar una vuelta más al escudriñamiento del problema: cuando actuamos “ingenuamente”, como si no supiéramos que no existen los espacios de pares, el pacto patriarcal se nos presenta en su ferocidad, y con frecuencia nos embosca y nos desarma. Tiende a paralizarnos sumergiéndonos en toda clase de sensaciones desagradables. De ahí la importancia de registrar y dar cuenta de lo que, de por sí, ya sabemos.

En mi generación, el primer lugar donde algunas creíamos que podía existir un cálido espacio de paridad era en la pareja heterosexual, una vez que luchas anteriores nos abrieron el camino a la gestión más o menos independiente –que no todavía plenamente autónoma– de nuestra sexualidad y de ciertas elecciones vitales. Desde tal lugar, algunas buscamos reconstruir lazos de interdependencia equilibrados y *gozosos* que nos dieran fuerza para subvertir otros ámbitos del mundo público. En *Desandar el laberinto* discutí la maraña caótica de las relaciones sexo/

genéricas al interior de la familia y en la pareja heterosexual, buscando pistas para desandar las más dolorosas confusiones. Sin embargo, en la experiencia propia, *viví como los esfuerzos íntimos y vitales por subvertir y desafiar toda clase de relaciones de poder y de explotación en el mundo público, resultaron a la larga boicoteados y desestabilizados también desde el ámbito privado*. El lazo de interdependencia básico de la primera parte de mi vida adulta se convirtió, en algún momento, en una pesadísima carga. Desaté esos lazos. Aun así, para mí ha sido terriblemente difícil darme cuenta que no existen espacios de pares en ningún lugar, y que es tan duro como cansado empeñarse en transformar los espacios cotidianos mixtos en los que quedamos inscritas, sin antes ponerlos profundamente en crisis.

Hasta ahora, en múltiples discusiones con muchísimas hermanas, amigas y aliadas, atravesando situaciones muy diversas, he encontrado al menos dos pilares para entender esta situación. Por un lado, ha sido fundamental entender la radical negación del mundo de la reproducción material y simbólica de la vida social al habitar el orden de la modernidad capitalista. Tal negación, o encubrimiento reiterado, adquiere múltiples caras. Desde la negación del “trabajo de producción de la vida ajena en la procreación” asimilándolo a un mero “proceso natural” y desligándolo, por tanto, de su central significado como pieza clave del proceso de producción de mercancías y de capital; hasta la enorme cantidad de trabajo emocional y material necesario para sostener cotidianamente la vida humana, sobre todo en medio del predominio de relaciones mercantiles,

de impulso a la sobre-explotación, de despojo generalizado y de reinstalación de todo tipo de jerarquías coloniales. El arco de lo negado es inmenso: desde el desconocimiento del conjunto de procesos de producción y de cuidado para sostener la vida humana y no humana en su conjunto, hasta el olvido reiterado de miles y miles de acciones cotidianas de creación y significación de vínculos afectivos y productivos. Negación vasta y generalizada de la capacidad humana de crear y cultivar, una y otra vez, una amplia gama de vínculos y relaciones para sostener la existencia en lucha: más acá, contra, más allá del capitalismo colonial y sus continuas expropiaciones.

Además, a lo largo de los siglos de predominio de la modernidad ilustrada, casi todo lo anterior colapsando en la ausencia de palabra, capturado por el arte de cierta clase de enunciación consagrada como legítima, que prescribe y al mismo tiempo, autoriza. Desde la progenie de la mujer que recibe —a voluntad de él— el apellido del padre, hasta la fratria que dicta la ley y que no se responsabiliza de los efectos de sus afirmaciones. El predominio patriarcal fundado en la negación radical o en la expropiación descarnada del proceso cotidiano y extraordinario de reproducción, ensambló a la perfección con el régimen de valorización del valor y con la instalación de jerarquías de herencia colonial. Ambos sujetan rígidamente —y niegan— los diversos y arduos procesos de creación de las mujeres. Es ahí donde capitalismo colonial y patriarcado se juntan y se injertan dando lugar al *patriarcado del salario*, actualmente en crisis, como nos explica Silvia Federici.

Por otro lado, en segundo término, ha resultado muy difícil para mí –y muy importante– comprender la dificultad radical para expresar mis deseos, organizarlos y darles curso. Desasosiego inmenso ante esta condición. Una y otra vez percibir todo el peso de siglos de dominación en el marco más inmediato para la organización de la experiencia cotidiana, tanto en extraordinarias situaciones colectivas como en eventos estrictamente personales. Una y otra vez sentir que el resultado de la acción propia no se ajusta a lo imaginado, percibir la deformación en la propia creación en cuanto ésta deja nuestras manos. Nuevas oleadas de desasosiego, incluso miedo. Incomprensión profunda de la enorme dificultad que afrontamos para desplegar nuestras intuiciones más hondas. Y así una y otra vez. Cansancio, hartazgo. Y por tanto urgente necesidad de comprender qué ocurre con lo que alcanzamos a crear, porque pareciera como si nuestra propia energía se convirtiera, a la larga, en una fuerza ajena incrementada que nos vuelve a expropiar.

Por eso siento urgencia de hacer estas reflexiones ahora que parece haberse ya juntado una masa crítica de mujeres hartas y deseantes que no queremos transigir con lo que se nos impone constantemente como límite. ¿Hacia dónde vamos a ir? ¿Qué creaciones necesitamos incitar, empujar o desplegar? Estas preguntas son, entiendo yo, las más difíciles pues nos alumbran la necesidad de disolver los lazos que nos atan con un orden simbólico de siglos para poder destinar energía psíquica, fuerza vital y riqueza material para re-construir el mundo que habitamos. Protagonizar un gigantesco acto de autodefensa es

el punto de partida de nuestra actual creación autónoma. Hacia dónde empujamos a partir de ahí es un vasto y fértil terreno para las más creativas y sugerentes discusiones.

Situar un punto de partida expositivo

¿Cómo puede un pez hablar del agua en la que habita? ¿Cómo puede una mujer describir el aire que respira? ¿Cómo exponer las distintas aristas de este añejo problema? Éste ha sido un asunto muy difícil para mí. Por eso quizá me he tardado tanto tiempo en hacerlo. Más de ocho años desde la primera vez que sentí con fuerza la necesidad de escribirlo. No encontraba un punto de partida ni teórico –las Mujeres Creando primero, después el feminismo de la diferencia de la Comunidad filosófica Diótima y luego, Silvia Federici, me dieron las palabras y las pistas iniciales que necesitaba- ni expositivo, para presentar mis argumentos.³ Un evento más o menos reciente a cual mas desagradable vivido en el espacio público, me impulsó a situar el problema de manera inmediata para poder indagar en él de manera concreta. Lo tomaré como punto de partida expositivo pues creo que resulta útil -también como técnica de investigación feminista- narrar un suceso

3 En la próxima carta les contaré cómo “olvidé” mis momentos de más fuerza y más gozo, porque no logré integrar su significado a mi trayectoria vital.

pueril e incomprensible en el que se condensa lo negado y oculto. Comprender un suceso así alumbró con claridad el pacto patriarcal contra nosotras, porque nos obliga a verlo. Me ha ocurrido que cuando comprendemos a fondo el pacto patriarcal en una pequeña situación particular, entonces nos dotamos de la capacidad de significar sus múltiples repeticiones a distintas escalas.

Era un lunes de junio de 2016 y los maestros de educación básica de Puebla, al igual que en muchos otros lugares de México, estaban en las calles impugnando la mal llamada “reforma educativa”. Recién había ocurrido la masacre de la Mixteca en Nochixtlán. Nosotras, en el Posgrado en Sociología de la Universidad de Puebla -donde trabajó también de manera asalariada-, teníamos ese día una reunión muy importante: llevaríamos adelante el proceso de selección de la nueva generación de doctorado. Es complicado hablar sobre esto pues parecen un conjunto de “infidencias”. Siempre ha sido así. Ellos agreden y una debe callar acerca de sus agresiones. Ahora ya lo sabemos claramente y no obedecemos. El caso de la mujer violentada dentro de la pareja es el más conocido, pero el problema es que se espera que ocurra lo mismo en el conjunto de la sociedad, en otros espacios supuestamente “de pares”: se espera de nosotras la misma “lealtad”, el mismo silencio que garantice impunidad, que invisibilice la agresión. Para no entrar en demasiados detalles presentaré un esquema resumido de lo que ocurrió aquel día: un procedimiento conocido para realizar la selección, un caso en el que se cumplen los requisitos marcados por el procedimiento –en el cual está muy claro

nuestro interés-, relacionado con una compañera con la que ya hubo roces fuertes con algunos de quienes participan en el pacto patriarcal que subyace a este espacio aparentemente democrático y de izquierda de producción de ideas y formación de nuevas generaciones. Repentinamente, introducción de un nuevo criterio para discriminar y excluir. Sorpresa por parte nuestra. Argumentos nuestros contra la regla que acaba de incorporarse al proceso. Polarización creciente en la reunión: nosotras y sólo nosotras en uno de los polos,⁴ todos los demás, incluida una colega, en el otro. ¿Qué pasa? ¿Cómo lograron acuerparse tan rápido? ¿Están realmente todos de acuerdo? El truco: no están de acuerdo sobre el punto. Están de acuerdo en que tienen que contenernos a nosotras. Nosotras no podemos desafiar su estabilidad, su capacidad de establecer la “última palabra”. Asombro: ¡es una acción colectiva de disciplinamiento contra nosotras! Más asombro cuando una aparentemente loca idea surge desde el cuerpo todo: ¡esto es el sucedáneo de la violación disciplinaria glosada por Rita Segato! Darnos cuenta de esto no es tan obvio. Nos parece tan repugnante y tan descabellada la idea que la primera disposición nuestra es negar lo que está ocurriendo. No aceptamos los hechos tan delirantes como son y nos aferramos a la creencia de que habitamos un espacio de pares. El cuerpo de una de nosotras reaccionando en

4 El “nosotras” al que aludo aquí está constituido por Mina Navarro, Lucia Linsalata y mi persona, quienes formamos parte del Posgrado en Sociología y sostenemos un área de investigación específica llamada “Entramados comunitarios y formas de lo político”. Es ahí y con ellas con quienes ejerzo mi oficio de profesora.

forma de vómito: algo sí ocurre, algo grave, muy grave está ocurriendo. Dificultad enorme para ir de los hechos a la significación pues cuesta mucho admitir que estalle un fundamento del orden patriarcal capitalista moderno: la ilusión de igualdad, la fantasía de paridad.

Todo ese imaginario, en una tarde gris de junio se revela como una gran mentira; se desgarrá el velo que cubre el pacto patriarcal. Es nuestro empuje el que lo hizo visible, aunque es tan horrible mirarlo que nos cuesta trabajo aceptar lo que vemos. Se rompe la imagen que, hasta un minuto antes, teníamos de algunos de los colegas: todos actúan como parte de la *fratria*. De la fratria que castiga y disciplina a las mujeres que han tenido la audacia de coaligarse lo cual, en su opinión, conduce al desafío a sus reglas y a su autoridad. Todo tan trivial, tan inmediato, tan veloz, que es difícil aceptarlo. Todo tan “cavernario” que resulta repulsivo. Lo peor de todo: de manera inmediata lo que va pasando se presenta como incomprensible. Lo único claro es el resultado: ellos impusieron de manera virulenta una decisión en la que no hubo disposición a escuchar nuestros argumentos y sobre la cual nosotras no logramos incidir. Protestamos, eso sí. Escribimos cartas y quejas. Por supuesto. No surtieron efecto. Como si nuestra palabra se devaluara completamente apenas dejara nuestros labios. Y el truco para hacerlo, igualmente ultra conocido: tergiversar lo que nosotras enunciamos y afirmar que decimos otra cosa, aun si ha sido expresado por escrito y es posible cotejar una y otra versión. A ninguno le interesa hacerlo. Es otra cuestión lo que se está jugando en la disputa: disciplinar-

nos y reinstalar su monopolio de la decisión.

Lo que está en juego es que ellos nos perciben como amenaza y no admiten nuestro interés por trabajar también con otra mujer que con anterioridad les ha marcado límites. Ellos no nos apoyarán, lo cual no es novedad. ése ha sido el modo de relacionarse con nosotras desde que nos constituimos como equipo. La falta de apoyo, sin embargo, constituye sólo el primer momento de la clase de relación que entablan con nosotras. Más tarde ha comenzado la agresión: solapada e indirecta en ocasiones, abierta y belicosa esta última vez, y las siguientes.

No se trata únicamente de que alguno dentro de la fratria tenga una “personalidad” problemática y agresiva. Aun si ése es el caso, en realidad la cuestión de fondo está en otro lugar. Es el esfuerzo por restablecernos “en nuestro lugar”. Sí, el lugar dominado y sujeto en el que la masculinidad dominante pretende instalarnos. El lugar que es funcional a sus propios acuerdos y objetivos. ¿Un lugar y una voz propia para nosotras? ¿Tendencialmente autónomos? ¡No! ¡Ese espacio y esa voz no son admisibles! Habrá que disputar y seguir creándolo.

En espacios mixtos, y esto es algo muy difícil de entender, no habrá reconocimiento de -y mucho menos apoyo para- un lugar autónomo para nosotras, para ningunx de nosotras, ni será reconocida nuestra voz cuando enuncie nuestros propios pensamientos y deseos. Ese lugar autónomo, desde el punto de vista patriarcal no existe, y si

algunas se empeñan en construirlo, ellos -y algunas ellas- lo boicotearán para acabarlo. Ellos no nos asignan un lugar de pares: *nosotras existimos para ellos o corremos el riesgo de ser borradas*. Así de sencillo. Sin embargo, en el último lustro, una vez más, masivamente estamos abandonando ese lugar fijado de antemano. Somos muchas migrando de ese sitio estéril e insoportable. De distintas maneras, con estrategias varias, contradictorias en ocasiones. Poco a poco nos vamos reconociendo entre nosotras aunque nos cueste tanto equilibrar nuestras diferencias.

Lo que sucede dentro del pacto patriarcal es, a la larga, imprevisible; aunque hay ocurrencias que una y otra vez vuelven a acontecer que son plenamente conocidas: vigilancia hacia las alianzas entre nosotras para tratar de controlar los fines que acordemos; boicot consciente o pre-reflexivo, de todas las maneras imaginables, a nuestros proyectos cuando de todos modos los echamos a andar; agresión solapada o abierta. De nuestra parte, enojo, mucho mucho muchísimo enojo. Furia en estado puro. Hasta que finalmente logramos entender qué es lo que está ocurriendo. Las formas de la interacción son desquiciantes pues es muy probable que las agresiones varíen contra cada una de quienes se coaligan. Ellos fijarán escalones diferenciados de reconocimiento hacia algunas de nosotras buscando resquebrajar las alianzas que hayamos alcanzado. Serán quizá más prudentes si la que desafía su pacto cuenta con cierta autonomía material. Aunque de fondo, eso sí, acecho sistemático hacia cualquier forma de autonomía política y nada de autonomía simbólica.

En su imaginario, y tal extremo lo percibí con el cuerpo todo, abrumadoramente, esa tarde tremenda, nosotras somos, a lo más, alguna clase de “complemento” de ellos mismos. “Complemento” adecuado y, de preferencia, cómodo. ¿Cómo pretendemos ir más allá? ¿Cómo creemos que podemos hacer otra cosa que no calce en lo que ellos de por sí ya diseñaron? ¿A quién se le ocurre? Sus normas han funcionado por décadas e incluso siglos y bueno... sí, hay problemas. Pero finalmente qué nos espera si desconocemos sus sabias decisiones. ¡Ni siquiera podemos preverlo! La agresión está justificada. Nosotras somos las que no entendemos las reglas.

Están equivocados, nosotras sí entendemos las reglas. Nosotras, sencillamente, las desafiamos, las alteramos cuando poco a poco vamos consolidando nuestra propia fuerza femenina, insolente y fértil, creativa y disruptiva. El problema entonces se renueva: la autodefensa contra la agresión de la que somos objeto se nos impone como tarea primordial. Al comienzo, creemos que tal necesidad nos drena energía, poco a poco nos vamos dando cuenta que ocurre exactamente al contrario: cuando nos autodefendemos recuperamos para nosotras mismas nuestra energía vital y la alegría que le acompaña. Los problemas se vuelven desafío y los desafíos creación. Eso entendimos. Esa experiencia me dotó de un punto de partida para la exposición. Sabía que esto ocurría y no creía que lo sabía, quizá lo olvidaba por no querer recordar el dolor y la confusión que tienen muchas de estas experiencias.

El lugar en el que no nos vamos a quedar

Es detestable el lugar asignado a lo femenino -y feminizado- dentro del pacto patriarcal -que a su vez es capitalista y colonial- que estructura, por lo demás, diversas formas de lo “femenino” -y también variadas “masculinidades”. No queremos estar ahí. No vamos a quedarnos ahí. Queremos subvertir esa geometría, y muchísimas mujeres, sobre todo las más jóvenes son quienes ponen más empeño en ello. Vamos poco a poco escapando de ese lugar en el que históricamente nos colocaron desde hace cuando menos cinco siglos y para ello hemos trazado diversas rutas.

Una de ellas ha sido la que inicialmente tomó el nombre de “feminista”: un camino emprendido por mujeres, principalmente de la clase dominante que buscaba equiparar sus privilegios con los de los varones de su misma clase. Al comienzo, durante momentos turbulentos cuando se consolidaba el poder político burgués, tal fue el camino del feminismo de la igualdad: derecho a votar y ser votada –cuando los votantes tenían que demostrar, también, ser propietarios-, derecho a heredar y a manejar con libertad los bienes propios en medio de un océano de radical desposesión. Este camino, a lo largo del siglo XX, ha llegado a un límite. Sobre todo cuando, en las últimas décadas, ha vuelto a quedar enlazado con formas políticas liberales que, para su organización interna, como criterio ordenador, colocan a un sujeto pretendidamente “neutro”

-devaluando la sexualidad hacia una mera “preferencia” a ser administrada y desconociéndolo como un rasgo fundamental del sostenimiento de la vida- que no se ocupa del trabajo de la reproducción, que considera que puede garantizar su vida a través únicamente de relaciones mercantiles y que produce decisiones políticas sólo a través de formas representativas: el ciudadano, consumidor, votante. Es cierto que este camino ha contribuido a desmontar algunas de las más odiosas restricciones previas, tanto para muchos varones de las clases trabajadoras como para algunas mujeres. Pero ha sido un logro carísimo. El costo ha sido nuestra conversión en descartable fuerza de trabajo ultra-explotada, eso sí, “ciudadana”. El proceso ha sido largo y muy peleado, plagado de luchas que, en su más añejo y general significado, han defendido tierras, aguas, medios de existencia, salario, derechos y también capacidades políticas de autogobierno. Se ha impuesto pese a todo una figura nefasta a la interdependencia humana y entre lo humano y lo no humano. La figura triangular del patriarcado capitalista y colonial en su versión contemporánea de guerra neoliberal. Así estamos todxs ensamblados.

En medio de esa amalgama patriarcal del capitalismo-colonial, aunque siempre más allá de ella y en contra de ella, muchas mujeres hemos desplegado esforzadas luchas desde la izquierda. Asumiéndonos en tanto mujeres como un sector de la clase trabajadora, muchas abuelas se empeñaron por desprivatizar las reglas del matrimonio y la familia, buscando creativamente colocar la garantía de reproducción de la vida en el centro de las

tareas políticas. Otras voces han disputado con energía y casi siempre en soledad, la parcialidad de la mirada masculina dominante: Rosa Luxemburgo es un emblema de este esfuerzo y Silvia Federici junto a muchas otras, partió desde ahí. Por otro lado, durante los últimos 50 años renovados caminos se han abierto desde otras claves que comparten una precisión imprescindible: las mujeres trabajadoras no somos un sector “de clase” sino una experiencia histórica negada que se va dotando de creciente fuerza expresiva. Los feminismos de la diferencia comparten hilos de tal clave: reconocen y asumen la diferencia sexual, ponen en el centro los cuerpos de las mujeres y piensan cómo transformar el mundo a partir de ahí. Los feminismos descoloniales, comunitarios e indígenas cruzan las claves de la lucha diferenciada contra la explotación con la lucha contra el despojo y la destrucción colonial, capitalista y liberal. Los feminismos lésbicos incluyen la clave no únicamente de la preferencia sexual –tal como se expresa esta cuestión en clave “de derechos”– sino que critican el régimen heterosexual y heteronormativo que impone un solo camino aceptable –legal y legítimo– para organizar la reproducción cotidiana de la vida social y la circulación de la energía erótica. Es un enorme flujo de ideas y palabras que nos conmueve y nos nutre. Tenemos historia. Hay una historia potente de nuestras innumerables luchas. Una historia que no es simétrica a la historia de las luchas de izquierda protagonizadas por muchísimos varones y algunas mujeres. Es distinta.

En medio de esta efervescencia que ha vuelto a activarse con potencia increíble mi postura es la siguiente: rastreo experiencias de lucha en primera persona, asumiendo –con el feminismo de la diferencia- que habitar un cuerpo de mujer o feminizado –o uno de varón- marca una diferencia fundamental en el modo como experimentamos el mundo y en los caminos que ensayamos para subvertir las relaciones de explotación, opresión y despojo en las que quedamos atrapadas. Además de ello, adhiero a los feminismos autónomos, populares y comunitarios, anticapitalistas y anticoloniales, enfocando la mirada en las relaciones de interdependencia necesarias para sostener la vida, en su maleabilidad y, al mismo tiempo, en su perdurabilidad. Esto es, asumo que sólo a través de la generación y cultivo de relaciones de interdependencia y de cuidado satisfactorias y no explotadoras ni opresivas podemos garantizar trayectorias vitales gozosas y creativas, que se abran a todas las posibilidades subvirtiendo lo que las encorseta. Para mí, asumir con el cuerpo todo las relaciones de interdependencia es saber –y ocuparse de aprender- cómo producir y reproducir lo común. Finalmente, en tanto parto de la centralidad del mundo de la reproducción cotidiana de la vida como eje estructurador de cualquier transformación social posible, asumo la crítica al régimen heterosexual y heteronormativo que fija la pareja heterosexual y la familia legal como modelo organizador del amplio mundo de la reproducción y la vida cotidiana.

Desde ese lugar persevero en practicar y alumbrar una “política antipatriarcal por lo común”. Esto es, la práctica

política que practico -y sobre la que ahora reflexiono- no pierde de vista que habito un cuerpo de mujer, asume los lazos de interdependencia y, por tanto, la producción de lo común como eje fundamental del razonamiento acerca de cómo subvertir el régimen heterosexual capitalista y colonial, que sitúa al matrimonio y a la familia –aun si ésta es “igualitaria”- como instancias básicas de organización de la vida cotidiana que permiten la explotación del trabajo asalariado y el despojo múltiple de las creaciones individuales y colectivas. Desde ahí busco hablar y por eso he sentido, a lo largo de las últimas dos décadas que necesito otro lenguaje, otras coordenadas para orientarme en el mundo y en mis propios deseos. Hablando con ustedes, voy dotándome de ellas.

Con muchísimo afecto.

Raquel

P.D.: Brevemente, unas líneas rápidas sobre algo que no es un problema, pero termina siéndolo: ¡Nuestra fuerza, hoy! Ser fuertes no debería ser un problema para nosotras, pero lo es en tanto nuestra fuerza se despliega descomponiendo ámbitos del pacto patriarcal, que se re-compone de maneras inéditas. El problema consiste en la brutal y reactiva manera en la que muchos se empeñan

en, o bien contener la fuerza disruptiva que desplegamos o bien en re-apropiarse de ella, es decir, en sujetarla para sus propios fines. Si bien es en las siguientes cartas donde reflexionaré con más calma sobre esto, bosquejo a la rápida un par de cuestiones útiles que he aprendido en todos estos años:

a. En tanto se sabe y se afirma que se quiere subvertir y cambiar la vida toda; resulta complicado diagramar objetivos y fines explícitos y, sobre todo, hacerlo de manera sintética. Las constelaciones estratégicas de luchas feministas van rompiendo, al desplegarse, cualquier simetría con los rasgos patriarcales heredados del pensamiento canónico de izquierda, organizados casi siempre a partir de “fines últimos” y binarios excluyentes. Resulta muy difícil, sin embargo, encontrar las resonancias que nos permiten re-conocernos entre diversas en medio de nuestra fuerza desplegada. Ahí aparece un espejismo que es una trampa: a nuestras luchas y a lo que afirmamos, “algo” les hace falta.

El espejismo funciona a través del reflejo del orden patriarcal/capitalista proyectado en nosotras: *en tanto somos nosotras quienes, de maneras variadas y polimorfas nos hacemos cargo del sostenimiento de la vida, sabemos que es muy fértil detener el drenaje de energía y recursos que se nos impone como cotidianidad*. Nos empeñamos en eso. Cuando a tales actividades se les asigna sentido desde dentro del pacto patriarcal, inmediatamente se busca instrumentalizar la fuerza regenerada, trastocando sus fines. Algunos

miembros del pacto -varones mayoritariamente, pero a veces también mujeres- querrán venir a “completarnos”, a “corregirnos”, a señalar qué es aquello de lo que carecemos. Conviene desconfiar y no creerles. Es casi imprescindible estar en guardia.

b. Lo segundo es la importancia de no engancharnos emocionalmente con nuestros detractores y antagonistas, porque cuando lo hacemos nos llenamos de enojo y de odio. Dos de las más destructivas emociones que sólo nos drenan y confunden. La autodefensa nuestra es pues, siempre, una cuestión vital. Sólo así conseguimos ir hasta el final en aquello que nos proponemos.



*Impreso en Montevideo,
Febrero de 2020.*